

Sincretismo religioso en la velación de los concheros del Bajío a la Santa Cruz del Cerro de Culiacán, Guanajuato. Testimonio músico-literario inédito del etnólogo Gabriel Moedano Navarro



Este artículo trata sobre el sincretismo religioso que claramente da forma y sentido al ritual de tradición músico-literaria que de modo característico practican los pueblos de ascendencia otomí-chichimeca en los estados de Querétaro y Guanajuato. En particular se estudian las ceremonias llamadas “velaciones” o “mesas de concheros”, que tienen lugar cada año en vísperas del 3 de mayo frente a un altar dedicado en apariencia a la Santa Cruz, sobre la cima del Cerro de Culiacán, Guanajuato, que en realidad encubre un culto prehispánico mantenido hasta la fecha para exaltar al Señor de los Cuatro Vientos, así como otros referentes simbólicos de la antigua cosmogonía y cultura de los pueblos originarios de esos territorios.

El material en que se centra el análisis lo constituyen quince ejemplos de cantos, rezos y alabanzas que en vida grabó *in situ* el etnólogo Gabriel Moedano Navarro, y del que pude obtener una copia digitalizada en dos CDs proporcionadas por el etnólogo Benjamín Muratalla, también investigador de la Fonoteca del INAH, con la idea de vislumbrar su edición próxima para darlas a conocer públicamente, con notas de presentación que describan y expliquen su estructura, contenido e intención, trabajo que ya no pudo continuar Moedano por su muerte repentina.

No sé de donde surgió la idea al maestro Muratalla de que yo pudiera ser capaz de redactar esas notas para publicar material tan valioso y digno de estudios a cargo de especialistas en temas tan complejos como el de la religiosidad de los grupos “concheros” de la región del Bajío; pero una vez

* Profesor de tiempo completo e investigador cronista de la Escuela Nacional de Artes Plásticas de la UNAM, División de Estudios de Posgrado.

que a su amable predisposición no me puedo negar, y, con el caso, además se me ofrece un excelente motivo para recordar y rendir mi modesto pero sincero homenaje de amistad a Gabriel Moedano Navarro.

Trabajos del etnólogo Gabriel Moedano Navarro (GMN)

Profundo y cuidadoso investigador de la tradición dancística y músico-literaria de los llamados concheros del Bajío, el maestro GMN falleció cuando se dedicaba a sistematizar y presentar en un texto explicativo los frutos más reveladores de su trabajo como etnólogo sobre dicha manifestación folclórica regional. Apenas pudo trazar el esquema con que hoy se presentan las 15 grabaciones contenidas en este par de CDs, mismas que organizó bajo el título de “Música ritual de la tradición de concheros del Bajío”, pensando que así debería reconocerse y editarse la fonografía de su proyecto de estudio.

Escuchando varias veces esos materiales, releendo los ensayos y artículos que sobre el asunto publicó GMN, y recordando lo que de viva voz, con entusiasmo, él platicaba sobre aspectos de la cultura popular —de hondo e intenso mestizaje que conserva El Bajío—, me parece claro que estamos frente a un sincretismo elaborado según lineamientos religiosos de una doctrina y una liturgia con toda la apariencia de catolicismo popular orientado a venerar a Jesús-Cristo y la Cruz del cruento martirio que narran los Evangelios, mas con estratégico disimulo también exalta y glorifica entidades sacras y caudillos venerados de los pueblos precortesianos, en particular otomíes-chichimecos —ocupantes originarios de los ahora estados de Querétaro y Guanajuato—, y que todavía hoy, con sus mezclas mestizas, constituyen la demografía mayoritaria en la región.

De acuerdo con análisis que varias veces confrontó en campo GMN —y de cuyas reflexiones dejó escritos ensayos y artículos que pudo publicar o leyó en congresos de especialistas—,¹ a tal expresión de religiosidad popular, una vez ubicada en el contexto histórico y

sociocultural de El Bajío, la identificó como el rito folk que desde épocas antiguas han practicado y practican cofradías o grupos de habitantes de varios pueblos de esa región: los llamados “hermanos o guardianes de la Santa Cuenta”. Llaman a esto “la obligación”, y la tienen establecida para hacerla cumplir mediante una especie de pacto de “compadres” o miembros de un corporativo teocrático-militar, donde encomiendas y grados se otorgan a partir de ceremonias de iniciación donde los miembros juran su fidelidad ante símbolos sacros e imágenes venerables que les dan sentido de pertenencia e identidad.

Así, la “obligación” es preservar como legado sagrado, y transmitirlo en generaciones sucesivas de conversos e iniciados, todo un complejo de cantos, rezos, alabanzas, música y actos rituales con que se rememora —con gran solemnidad y efectos impactantes— aquel acontecimiento, más que dramático en verdad trágico, cuando vino a imponerse la religión y la cultura de los invasores europeos a contrapelo de ancestrales creencias y cultura. Todo ello por vía de una conquista y un coloniaje en que no pocos capitanes y dirigentes de otomíes y chichimecos debieron participar simulando luchar del lado invasor, por no hallar mejor estrategia para preservar a su gente de un total exterminio y para mantener la presencia aborígen como la de mayor peso demográfico en la región de Mesoamérica que vino a ser El Bajío, su patria original y sacramentada en memoriales que hablan del “Gran Valle Chichimeco” señoreado por la Montaña Sagrada de Culiacán, el Chicomóztoc de las Siete Cuevas. De aquí, según

Mesa Redonda de Antropología Las fronteras de Mesoamérica, Tegucigalpa, 1975; “Las alabanzas de ‘conquista’: voces del pasado en proceso de extinción”, ponencia en la XV Mesa Redonda Los Procesos de Cambio, Guanajuato, 1977; “Los Concheros: una tradición rural en la ciudad de México”, ponencia en la XV Mesa Redonda Los Procesos de Cambio, Guanajuato, 1977; “La Danza de los Concheros de Querétaro”, en *Problemas del desarrollo histórico de Querétaro*, Simposio organizado por la Dirección de Promoción Cultural del Gobierno del Estado de Querétaro, Querétaro, 1978; “El tema de la Conquista en la tradición literaria-musical de los ‘Concheros’”, en *Memoria del Primer Congreso de la Sociedad Mexicana de Musicología*, Ciudad Victoria, 1984; “Expresiones de la religiosidad popular guanajuatense: las relaciones”, en *Arqueología e Historia Guanajuatense. Homenaje a Wigberto Jiménez Moreno*, Guanajuato, El Colegio del Bajío, 1988.

¹ “Los hermanos de la Santa Cuenta. Un culto de crisis de origen chichimeca”, en *Religión en Mesoamérica (XII Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología)*, México, SMA, 1972; “Ritual de los Concheros de Querétaro y Guanajuato”, ponencia en la XIV

Sincretismo religioso del rito folk en una velación que dedican los *Concheros del Bajío* a la Santa Cruz del Cerro de Culliacán. Testimonio músico-literario que grabó el investigador Gabriel Moedano Navarro

Grabaciones que GMM dispuso para los dos cds en proyecto	Cantos y rezos canónicos de ritual católico	Rito formal	Estructura funcional del rito católico	Fases dispuestas por la liturgia canónica	Rito folk	Fases que identifica GMM al estudiar la ritualidad de la ceremonia de Concheros en el Cerro de Culliacán	
1. Llamamiento (música)	Kyrie	M	Parte didáctica: o de iniciación de los neófitos (catecúmenos); a veces se le llama "misa seca".	Convite (con saludo)	M	"Ritual de preparación: apertura y orientación"	
2. Buenas noches, Cruz bendita	Gloria			Introito			E
3. Gloria a todos los santos (Rezo salmodiado)	1er. Intermedio que hace las veces de gradual						S
4. Sobre las olas (Vals de Juventino Rosas)		I		Ofertorio	A		
5. Polka (de autor desconocido)	Credo						
6. Santa Cruz de Culliacán (alabanza)		S	Parte sacrificial: o de los fieles.	Consagración	V	"Evento especial de sacralización del sitio y el acto"	
7. Santa Rosita (alabanza)	1ª Lectura ¿Epístola? Sanctus			Con anáfora (del gr. Oferta: oración característica central en el rito romano que le llama canon).			E
8. Corrido del Señor de Villaseca	¿Lectura del evangelio? 3ª Lectura ¿Homilía y comentario abierto a los fieles?						L
9. El gallo blanco	Último intermedio: como "memento de difuntos"	A		Comunión, acción de gracias y despedida.	C	"Ritual de clausura o de salida" ("al volver al tiempo profano, hay que desacralizar el sitio")	
10. Cuando nuestra América fue conquistada	Agnus Dei						A
11. Padre mío San Miguelito							
12. Shofis (de autor desconocido)							
13. Recibe María las flores (alabanza)							
14. Salve Cruz bendita (alabanza)							
15. Despedimiento (alabanza)							

narran los relatos épicos, partieron sus antiguos progenitores a fundar imperios de gloria y civilización como la misma Tula de Quetzalcóatl, ciudad madre de culturas tan esplendorosas como la mexica, la texcocana, la tlaxcalteca, la atlixquense, etcétera.

Para dichas etnias regionales, no obstante la situación de subordinadas en que las arrinconó el dramático acontecer, al recurrir a esa inteligente, sensata y valiente estrategia de defensa de su identidad y de sobrevivencia dentro de tan tremenda adversidad histórica, se les diseñó —a partir tal vez del presunto milagro de la aparición de la Cruz de Sangremal, el 25 de julio de 1531— un guión de vida y de comportamiento cultural en resistencia dentro de un mundo sincrético, detrás del cual sus antiguas deidades y creencias, sus mitos fundacionales y su visión cosmogónica podrían mantener y negociar, incluso en planos desiguales respecto a la religión impuesta, el culto y honra de una exultante sacralidad en el espíritu, mente y corazón de sus comunidades. Es decir, estamos ante un caso de funcionalidad vigente de una costumbre netamente *folk* entre los abajeños, en el campo de las llamadas religiones populares, no necesariamente cismáticas respecto a la religión católica y la cultura dominante, pero sí habilitadas con fuertes activos simbólicos para la resistencia ideológica y cultural de un pueblo originario que no se resignó a ser víctima sumisa y silente en aras de un coloniaje violento y destructivo, ni a dejar que los dominadores les tuvieran como los “invisibles” de la historia.

A tal efecto han construido todo un discurso ritual o guión litúrgico para una ceremonia *sui generis*, en apariencia dedicada a la Santa Cruz, a Jesucristo, a la Virgen María, a San Miguelito y otros íconos de la religión impuesta por la conquista, pero que en realidad ofrendan al Señor de los Cuatro Vientos, a la Madre Tierra, al Lucero Matutino-Vespertino (el Huitzilíhuít que encabeza la escolta guerrera del Padre Sol), amén de otras deidades precortesianas no hundidas en el abismo infernal del paganismo mesoamericano —según creyeron los portadores del Evangelio que sucedería—, sino que perviven y se les exalta en la cumbre del Cerro de Culiacán que para efectos del rito vuelve a ser la Montaña Sagrada objeto de veneración en la memoria

épica. Ahí se canta, con poesía y música de antiguos *tlahtolli*, una grandiosa y no acallada epopeya, entreverando lenguas nativas con el español inculcado, incluso con el latín litúrgico post-tridentino.

De tal forma que casi constituye una paráfrasis impecable de lo que la Iglesia católica oficial organiza y celebra en la misa —su principal rito con que conmemora el atroz sacrificio que Jesús de Nazaret, el Hijo de Dios, ofreció a su Padre por la redención no sólo de los judíos sino de todos los pueblos del mundo sujetos a opresiva injusticia a cargo de emperadores y reyes de aquel tiempo y del venidero—, quienes organizan y dirigen las llamadas “mesas de compadres” o “velaciones de concheros”, del tipo acostumbrado en vísperas del 3 mayo en el Cerro de Culiacán, preparan y ejecutan su culto religioso como un acto público en el que las comunidades asistentes, guiadas por los patrocinadores y celebrantes, recuerdan el sacrificio, la traición y el escarnio que sufrieran su pueblo ancestral, sus caudillos militares y espirituales, y sus dioses tutelares bajo la violencia de la conquista y el coloniaje del imperio español (tabla 1).

En sus papeles y diarios de trabajo no dejó notas ni observaciones sobre el particular, pero el investigador evidentemente poseía una firme y razonable hipótesis sobre cómo se estructura y funciona la música y la poesía ceremonial religiosa que grabó *in situ*, durante una *velación* o dos a las que concurrió una o dos noches del 2 de mayo a la mañana del 3 (Día de la Santa Cruz), algún año del decenio 1980-90, justamente en lo alto del Cerro de Culiacán, uno de los sitios de la geografía sagrada precortesiana de mayor carga simbólica para quienes custodian hasta el presente la referida tradición, la organizan y en lo posible hacen que funcione socialmente en el ámbito de sus comunidades.

En varias ocasiones nuestro amigo GMN se aplicó a documentar y tratar sistemáticamente el tema de la tradición de los concheros, estudiando raíces de origen y centros de irradiación, sus ritos, modos y formas en que se organizan y logran funcionar como guardianes que preservan viva y vigente tan apreciada herencia cultural. Dado mi objetivo de presentar y hacer una lectura del conjunto de grabaciones de campo que realizó al asistir a una o dos velaciones en el Cerro de Culiacán,

dentro del culto evidentemente sincrético de la Santa Cruz, los textos del investigador fechados en 1972, 1984 y 1988 son los que apoyan mi punto de vista al interpretar y valorar tan importantes testimonios fonográficos que él no alcanzó en vida a describir ni a explicar.

Lo primero que cabe decir es que GMN, gracias a que varias veces tuvo permiso de los dirigentes de esa tradición para que presenciara sus usos y costumbres ceremoniales en vivo y en lugares especiales del rito —como fue el caso de las que realizan a inicios de cada mayo, durante toda la noche en honor de la Santa Cruz de Culiacán—, bien se persuadió de que tuvo ante sus ojos un significativo pero hasta entonces no bien enfocado fenómeno de religiosidad popular con rasgos característicos de la mentalidad *folk* de raíz otomí-chichimeca que pervive en los estados de Querétaro y Guanajuato, también entre pueblos mazahuas del Estado de México. Testimonió entonces, en síntesis, el caso de un elaborado y sutil sincretismo de que se han valido generación tras generación ciertos grupos descendientes de las etnias otomíes-chichimecas, para preservar su elemental sentido de identidad sociocultural, a lo largo de una dramática historia de pueblos originarios de la Gran Chichimeca, quienes decidieron resistir contra una cultura conquistadora que para ellos significó casi el derrumbe absoluto de sus creencias y sus dioses.

En consecuencia, por lo observado y a la luz de teorías sobre los llamados movimientos “nativistas” o “milenaristas”, que se manifiestan como “cultos de crisis”, las agrupaciones de concheros o “Hermanos de la Santa Cuenta” —como gustan autodenominarse entre ellos—, afirma que se constituyeron mediante un esfuerzo consciente y deliberado para perpetuar y defender aspectos medulares de su cultura originaria, particularmente los religiosos —de gran valor simbólico y que merecen ser resguardados frente a la cultura invasora que impuso con violencia una potencia imperialista, cuyos centros de comando estuvieron en España y Roma.

Dicho esfuerzo —que yo prefiero calificar como estrategia anti-imperialista y que hoy aún funciona como impulso descolonizador— tuvo por finalidad mantener su identidad cultural y encontrar nuevas for-

mas de integración social, ya que las antiguas se vieron desquiciadas o destruidas a consecuencia de lo que trajo consigo el momento crítico, de hecho catastrófico, de la conquista. Y visto que a través del tiempo no se ha modificado de raíz el mismo tipo de relaciones interétnicas y sociales de dominación que la conquista y la colonia fincaron, y muchas carencias de aquella época persisten y mantienen bajo amago a la identidad y cohesión de las clases y grupos subordinados, se explica que los herederos y representantes de quienes dieron origen al culto —caudillos y sacerdotes, es de creerse— vengan prolongándolo hasta el presente y lo conserven en cierta medida “infiltrado” dentro de la estructura social dominante, que ahora irradia su poderío desde Estados Unidos.

Al escribir GMN sobre la tradición *folk* de los concheros, y postular que tuvo origen entre grupos otomíes-chichimecos del Bajío, específicamente de Querétaro y Guanajuato, no enfatizó el punto; pero en pláticas conmigo sí daba crédito a la interesante tesis histórico-cultural de que el majestuoso Cerro de Culiacán, con su adoratorio en la cumbre dedicado a la Santa Cruz, en realidad significa —no sólo para los portadores indígenas de tal tradición sino para grandes sectores de la sociedad regional, acusadamente mestiza hoy en día—, la seña orográfica sacramental de que ahí tenemos el Chicomóztoc, la Montaña de las Siete Cuevas o ámbito sagrado del Señor de los Cuatro Vientos de nuestros ancestros venerables, de donde un día emigraron para fundar el glorioso imperio tolteca-chichimeca, precursor del de los mexicas que los invasores europeos encontraron fincado en torno a la Gran Tenochtitlan. La montaña se alza con sus estribaciones sobre los municipios guanajuatenses de Cortazar, Salvatierra, Jaral del Progreso, Yuriria y Valle de Santiago.

Y ante el fenómeno particular

El texto de 1988 GMN lo escribió —creo yo— casi especialmente para hacer la descripción del ritual tal cual acostumbra ejecutarlo alguna de las varias hermandades de concheros del estado de Guanajuato,² al

² Gabriel Moedano Navarro, *op. cit.*, 1988.



efectuar una *velación* en espacio abierto al público (también las hay “privadas”), que suele durar toda una noche de vísperas del 3 de mayo ante el altar o *mesa* a propósito dedicada a la Santa Cruz en la cima del Culiacán, de enorme valor simbólico y donde el antropólogo encontró bien arraigada la tradición (desde luego, hizo acotaciones que refieren detalles del rito cuando tiene lugar en otros sitios).

Significativamente, las tres fases de desarrollo que él observó y siguió con micrófono abierto en cuanto tuvo permiso de los encargados de la ceremonia, en su descripción corresponden con bastante exactitud a la secuencia en que podemos escuchar los cantos y rezos, alabanzas y piezas musicales que integran las 15 pistas sonoras de los dos fonogramas con que el mismo Moedano Navarro esperaba divulgar el testimonio músico-literario de tan importante ritual característico de un culto de religiosidad popular de abajeños queretano-guanajuatenses. Es como si el amigo Gabriel nos refiriera, en persona y paso a paso, el desarrollo de tan profunda expresión de una religión *folk* teñida de hondo y emotivo sentido del sincretismo con que ha

vivido y aún resiste la contrariedad histórica el espíritu de nuestros ancestros otomíes-chichimecas, explicándonos que no otra cosa relata la secuencia de letras y música que atentos y conmovidos escuchamos en las 15 pistas grabadas.

El público que asiste a este tipo de velaciones lo constituye ante todo hombres y mujeres adultos, incluso ancianos y ancianas que han podido subir al cerro, también jóvenes y niños, todos gente que acude de la comunidad rural o del barrio urbano al que pertenecen los organizadores y el conjunto de músicos y danzantes que forman la “mesa”. Mas para realizar la ceremonia con la formalidad que la costumbre manda, son infaltables ciertos individuos que hacen el papel de personajes con funciones muy importantes, de las que depende que todo vaya en orden y genere los efectos y resultados previstos. En párrafos que casi literalmente copio del texto referido, hago mención de estos personajes, nombrándolos por el papel que realizan y explicando cómo y para qué lo hacen, según transcurren las tres fases del ritual que presencié el etnólogo.

Fase I. *Preparación o apertura*

Por regla general los “concheros” son los primeros en llegar, pues se les contrata desde las 9 de la noche. La primera ejecución es una salutación o una alabanza a la imagen que se venera, y después siguen con una melodía popular, de moda a principios del siglo XX o mínimo con cuarenta o cincuenta años de antigüedad; y así, durante toda la noche, alternarán alabanzas y alabados con valsos, chotises, polcas, pasos dobles y hasta danzones.

Cuando llega el “demandante”, se hinca frente al altar, sobre el petate preparado *ex profeso* se persigna y con el sahumador hará el saludo ritual a “los cuatro vientos”, encendiendo una o dos velas de sebo y veladoras. Después de rezar (usualmente en otomí que mezcla con español y latín), procede a revisar si toda la parafernalia se encuentra lista y se sentará a esperar a que se congrege la gente. Poco a poco empiezan a llegar hombres, mujeres y niños, quienes también se hincan ante el altar, se persignan y una vez que han sido sahumados por el “demandante”, al igual que las flores, ceras y cruces que llevan, harán el saludo a “los cuatro vientos”.

Los concurrentes empiezan a acomodarse en bancas o sillas colocadas a ambos lados del oratorio, otros más se sientan en el suelo sobre petates o costales. Algunos sólo se persignan y salen al patio, Esperan platicando, fumando o cabeceando. Durante este tiempo el dueño del oratorio reparte cigarros, que están colocados en pilas sobre charolas que descansan sobre el altar. También suele ofrecer té con alcohol, en particular a los músicos.

Viene un intermedio y sigue el rito cuando el “demandante” pone copal al sahumador. Le sopla para que avive el fuego y la ofrenda de aromas se eleve hacia la “mesa” y se esparza por los “cuatro vientos”. Toma una charola llena de velas de sebo y la ofrece al altar, después las va repartiendo entre la concurrencia, los “cargueros” y los más próximos, y al entregarlas pronuncia el nombre de la imagen a la que está dedicada la “velación”.

Cerca de las 12 de la noche, cuando el número de personas asciende a más de cincuenta, se inicia formalmente la velación, entonando todos: “Santo Dios y Santo Fuerte, líbranos Señor y de todo mal”, dirigidos por el “demandante” en un rito colectivo de orientación hacia cada uno de los “cuatro vientos”.

Fase II. *Evento especial*

Al terminar la fase I, los músicos, que habían estado en silencio, empiezan a tocar música de “rogación” o sonos de “cuenta”, mientras el “demandante” ora en dirección al altar: “En el nombre sea de la Santísima Trinidad, de Dios Padre y de Dios Hijo y de Dios Espíritu Santo”, invocando a los “cuatro vientos” y a las “primeras ánimas conquistadoras que nos dejaron estas santas obligaciones”, pidiendo protección y ayuda para la comunidad. Enseguida recoge las velas y empieza a colocarlas en filas o en cruz en el piso, sobre objetos indicados (tepalcates y corcholatas). Las enciende, al tiempo que ora de un modo imperceptible, pero con una unción que conmueve. Tanto el “demandante” como los presentes están atentos a la forma como se consumen las velas y al movimiento de las flamas. Los ya iniciados son capaces de interpretar cada uno de estos detalles, mismos de los que puede depender la salud o la vida. Es la “Santa Cuenta”. En el recinto también están los ausentes: han acudido con su presencia de “ánimas”. Se ha sacralizado el lugar.

En algunas velaciones tan pronto como se han consumido las velas, el “demandante” pone en el suelo otra ofrenda para las ánimas: un puño de pinole y dos cigarros dispuestos en cruz, para que convivan con los presentes. El casero y sus ayudantes reparten lo mismo entre la concurrencia. El pinole se cataloga como “reliquia” y el reparto de cigarros vuelve a tener lugar en diferentes momentos de la noche.

Al tiempo que se escucha la alabanza “Recibe María las Flores”, en algunas velaciones las personas que llevan flores pasan a entregarlas. En otras es indicio de que el “demandante” y el casero o un ayudante van a empezar a “formar la rosita”, “el presente” o el “santo súchil”.

Enfrente de la mesa y sobre el suelo el “demandante” pone un mantel o un lienzo blanco previamente ofrecido y sahumado. Con auxilio del dueño del oratorio y otro ayudante, comienza a formar una cruz con hinojo y cucharilla, margaritas, geranios y gladiolas, que se han encargado de preparar algunas señoras. Los concheros cantan “Santa Rosita”. Cerca de las 2 de la mañana queda listo el “cuerpo”, como también se le llama. A veces, tan pronto como se ha “formado” este bello sím-



bolo, los asistentes empiezan a retirarse, pero antes, hincados ante el altar se santiguan y ofrecen una limosna. En correspondencia el “demandante” les hace una rápida “limpia” con una cera, con flores y a veces con el propio dinero. En la mayoría de las velaciones también se “enrosan” dos “bastones”, con las flores y vegetales ya mencionados que se ofrendan a los “cuatro vientos”. Estos “bastones” (también llamados de “ánimas”) igualmente se usan para hacer “limpias” y, a su término, son colocados en los flancos de la cruz de flores.

Al terminar los actos anteriores se suele repartir pan, té y cigarros. Despiertan los adormilados y continúan las conversaciones y risas en tono natural, que por cierto no han cesado durante toda la noche (con excepción de los momentos cumbre). Los músicos suspenden temporalmente sus cantos para seguir libando y reanudar con nuevos bríos la ejecución de alabanzas dedica-

das al amanecer y al nuevo día, al igual que mañanitas a diversas imágenes taumatúrgas.

Fase III. *Clausura o salida*

El “demandante”, en compañía del dueño del oratorio, vacía el plato de las limosnas y hacen el recuento. Este dinero servirá para completar los gastos de la misa católica oficial a la que se llevará la imagen honrada a primera hora. Algún rezagado todavía pasa a despedirse y le hacen su “limpia”

Se ha cumplido una vez más con la “obligación”, con la “palabra de los ancestros”, se han congraciado todos con ellos. Los resultados se esperan positivos; sin embargo, no todo ha concluido. Aún se vive el tiempo sacro, el espacio aún está dotado de sacralidad. Hay que volver al tiempo profano, se debe desacralizar. Por eso el “demandante” comienza lentamente a levantar las flores que forman la cruz y a colocarlas al pie de las tres cruces que hay en la cima de la montaña y cerca de las otras imágenes. Asimismo recoge los restos que han quedado dispersos por el suelo y coloca la parafernalia en su sitio. Por último, él mismo recibe una “limpia” de su ayudante, quien es a la vez “limpiado”. Esto con el fin de librarse de “malos vientos” que puedan afectarlos. Se purifican. Hincados, con el sahumerio en la mano, hacen por última ocasión un saludo a los “cuatro vientos”, se despiden de las imágenes y de las ánimas. La velación ha terminado. Sólo los “concheros” se quedarán un rato más cantando y bebiendo.

Corolario interpretativo

Ahora bien, los lectores de estas notas, pensadas para presentar el par de CDs —que pertenecen al acervo de la Fonoteca del INAH y contienen 15 grabaciones de campo que realizó GMN—, sabrán disculpar la siguiente lección elemental de doctrina católica. Me justifico en razón de que deseo hacer más patente aún la tesis de que los dos fonogramas contienen y muestran el desarrollo característico, puntual y claro, de una *santa misa*, pero bajo el ritual hasta cierto punto hermético, esotérico —aunque paradójicamente abierto al público— de una *velación o mesa de concheros*, en específico alguna que tuvo lugar una noche de vísperas del 3 de mayo

de fines del decenio 1980-90 en la cima al efecto sacralizada del Cerro de Culiacán.

Liturgia viene del griego *leitōn ergon*: forma del culto público oficial que la Iglesia católica tributa a Dios-Cristo, como un complejo de fórmulas rezadas, cantos, lecturas y ceremonias que siguiendo un orden regulado (*canon*) se encaminan, ante todo, a la glorificación adoratriz de dicho Dios-Cristo. Se le atribuyen dos intenciones o fines: el latréutico o de la glorificación propiamente dicha, y el soteriológico o de la salvación de las almas de los fieles.³ El término ya se usaba en épocas del paganismo con la acepción de “obras religiosas de carácter público”; y cuando a partir del Nuevo Testamento los primitivos cristianos (“catecúmenos”) lo adoptaron, fue para designar en particular la santa misa que furtivamente celebraban. Durante la Edad Media, bajo influjo de la lengua latina se decía *ministerium domine* u *officia divina*. Se trata, pues, de la ceremonia central en el ritual de esa religión.

Se han conocido tipos variados, según hubo que marcar circunscripciones eclesíásticas, y así es válido hablar de cuatro subtipos: 1) ritual litúrgico siríaco, con sus derivaciones regionales siro-jacobita, siro-maronita, siro-caldeo; siro-malabar, siro-bizantino (o griego) y armenio; 2) ritual litúrgico alejandrino, con sus derivados: el copto-egipcio y el etiópico; 3) ritual litúrgico galicano, representado por el galicano propiamente dicho, más el mozárabe y el céltico; 4) ritual litúrgico romano, con su única variante la ambrosiana.

En todos, por regla de común aceptación, el esquema de la santa misa establece la siguiente formación de elementos que integran su ritualidad: oraciones y lecturas, ofrenda, consagración, fracción o partición y comunión. Esquema que es de origen apostólico y claramente remite al suceso crucial de la vida de Jesús-Cristo, el de la última cena con sus discípulos. Dice el texto de divulgación antes referido:

En la noche de la traición, estando a la mesa en la última cena, tomó el pan y el vino, los bendijo, los consagró, transmutándolos en su Cuerpo y su Sangre, que Él ofre-

ció por la muchedumbre de los hombres, en remisión de los pecados, y los dio en alimento y bebida a los Apóstoles, comunicándose así a sus almas. Fue aquel un verdadero sacrificio, en el cual la inmolación cruenta del día siguiente, hecha sobre el duro madero de la Cruz, fue prefigurada y presentada al Padre por la redención del mundo.⁴

Este mismo texto reseña el capítulo XX de *Hechos de los Apóstoles*, donde se relata que “yendo Paulo hacia Troade, al llegar el domingo reúne en un vasto solar adornado de lámparas a la comunidad cristiana, les predica largamente y después parte el pan”.

Aquí está ya —acota el reseñador católico— la Misa en sus dos grandes partes tradicionales: *la una con intenciones prevalentemente didácticas*, verdadera reunión imitadora de las reuniones sinagogaes de las comunidades hebreas, y *la otra, el sacrificio, renovación en lo esencial del rito llevado a cabo por Jesús en la Cena*. Las dos partes constituyen la “sintaxis eucarística”, y tomarán con el tiempo los nombres respectivos de *Misa de los catecúmenos* y *Misa de los fieles*, de donde después vino a todo el conjunto el nombre de Misa.⁵

Con esto basta para que quien haya leído hasta aquí mis notas haga sus propias reflexiones e indague en cuánto difieren y en cuánto se parecen —en lo fonético y en lo semántico, y también, si se le antoja, en lo semiológico— los términos “misa” y “mesa”. Sugiero ponga de fondo musical los dos CDs que nos legó Gabriel Moedano Navarro, y no se “escame” si de repente siente como que una hueste de ánimas de abuelos otomíes-chichimecos le acompañan danzando en lo etéreo, quiero decir: en un rincón sacralizado por la música y la palabra. Tal vez una voz “chocarrera”, le susurre: “Salud, compadrito. Yo soy Gabriel, el alférez de tu noble y valiente compañía.” Y con tono algo más grave agregará: “Ata tu cuenta a esta obligación y prepárate a no olvidar que el propósito es la descolonización de nuestro México. Amén”.

³ Giacomo Lercaro, *¿Cuál es el vocabulario de la liturgia católica?*, México, Novaro, 1960.

⁴ *Ibidem*.

⁵ *Ibidem*; cursivas mías (JDRO).